

CHIMAMANDA NGOZI ADICHIE

Aquello que no se dijo

Traducción del inglés de Marén García

Nigeria, al independizarse del dominio británico en 1960, era conocida como el Gigante de África. Con una población numerosa, una élite educada y abundantes recursos naturales —sobre todo petróleo—, se esperaba que enarbolara la bandera del triunfo democrático. No lo hizo, y ahora, en retrospectiva, está claro que de ninguna manera podría haberlo hecho. El dominio colonial, como modelo de gobierno, estaba más cerca de la dictadura que de la democracia. Nigeria era una nación joven, creada en 1914, como lo aprenderían los niños en clase de historia con la frase repetida

hasta el cansancio: “Lord Frederick Lugard integró los protectorados del norte y del sur para formar un país, y su esposa les dio el nombre de Nigeria”.

Es debatible si, tras obtener la independencia, Nigeria era realmente una nación. La integración era una política económica; el gobierno colonial británico necesitaba subsidiar el norte, más pobre, con ingresos del sur, rico en recursos. Con su sistema feudal de emires, sus hermosas ciudades amuralladas y sus sistemas de poder centralizados, el norte le era familiar a lord Lugard —no era muy distinto de Sudán, donde había trabajado antes—. En el sur, las religiones eran más diversas y los sistemas de poder, más difusos. Lugard, un teórico del régimen imperial, creía en la preservación de las culturas nativas siempre y cuando se ajustaran a sus teorías sobre lo que éstas debían ser. En el norte se desalentaba la presencia de los misioneros y su educación occidental, para prevenir lo que Lugard llamaba “su influencia corruptora” en las escuelas islámicas; en cambio, esa formación prosperaba en el sur. Las regiones tenían intereses distintos, se veían mutuamente como rivales y se volvieron autónomas en distintos momentos; no había un centro común. Una nación es, a fin de cuentas, sólo una idea. Y la política colonial no consiguió propagar una idea de nación: de hecho, no lo intentó. En el norte, el colonialismo se afianzó en la élite antigua; en el sur, creó una nueva, la educada a la manera occidental. Este pequeño grupo conformaría el núcleo del movimiento nacionalista que, en los cincuenta, promovería la independencia. Esta élite intentó establecer una idea binaria en la que “nación” y “tribu” estaban en oposición mutua —una estrategia que se consideraba importante para construir un Estado, pero la politización de la etnicidad ya había llegado demasiado lejos.

Después de la independencia sobrevino una atroz lucha regional de poder. El “miedo a la dominación”, en es-



Obiora Udechukwu, *Mourning Family*, 1972. © Del artista a través de la galería Kó, Lagos.

pecífico el de una región a otra, estaba por todas partes. Las elecciones estaban amañadas y el gobierno no tenía popularidad. Tan sólo seis años después, un grupo de comandantes del ejército dio un golpe y asesinó a altos funcionarios. No mejoró la situación que el nuevo jefe de Estado, en un burdo intento por calmar a la nación, instituyera un decreto de unificación. En lugar de servicios civiles regionales, Nigeria ahora tenía un único servicio civil. En un segundo golpe de Estado, liderado por oficiales del norte, se persiguió y asesinó a oficiales igbo; entonces los asesinatos se convirtieron en masacres. “Masacre”



Obiora Udechukwu, *Refugees*, 1977. © Del artista a través de la galería Kó, Lagos.

puede sonar melodramático, pero —quizá porque la guerra en sí suele eclipsar los eventos que condujeron a la guerra entre Nigeria y Biafra, tan poco recordada— resulta una palabra apta para los miles de civiles igbo del norte que fueron asesinados entre mayo y septiembre de 1966, cuyas casas fueron saqueadas e incendiadas: civiles nigerianos asesinados por civiles nigerianos. Aún se debaten los números, sin embargo, la mayoría concuerda en que, al menos, murieron siete mil. El gobierno federal parecía incapaz de detener las matanzas. De no haber ocurrido las masacres, o de haber lidiado con éstas de otro modo, la región sudoriental no se habría escindido ni se habría declarado como la nación independiente de Biafra.

El capítulo más oscuro en la historia de Nigeria: la guerra entre Nigeria y Biafra que dejó tras de sí un millón de personas muertas, pueblos arrasados y una generación despojada de su inocencia. Del lado de Biafra, los intelectuales tuvieron una participación activa, alen-

tados por su creencia en la causa secesionista: redactaron comunicados de prensa, se desempeñaron como embajadores itinerantes y fabricaron armas. El poeta africano anglófono más conocido e influyente, Christopher Okigbo, se unió a la armada biafrana. Era un romántico, insatisfecho con los cargos administrativos o diplomáticos que asumían sus compañeros intelectuales. Chinua Achebe, su amigo cercano, lo describe como un hombre para quien el drama o el acontecimiento eran un tanto inevitables. Apenas unos meses después de que inició la guerra, murió en batalla. El recuerdo de Achebe sobre la muerte de Okigbo en *There Was a Country* [Había un país] es breve, aunque no por ello menos conmovedor. Achebe escucha la noticia en la radio de su auto y se orilla:

El área verde alrededor de Nachi se extendía en todas las direcciones. Otros autos iban y venían. ¿Acaso nadie más había escuchado la terrible noticia?

Achebe ha sido descrito en ocasiones como un escritor que carece de “estilo”, esa palabra que suelen emplear personas para quienes la prosa es digna de mención si es un ejercicio de creación con frases efectistas. Si eso es el estilo, una forma de pirotecnia, entonces ésta es una descripción justa de su trabajo.

Cuando por fin logró llegar a casa y se lo dije a mi familia, mi hijo de tres años, Ike, gritó: “¡Papá, no dejes que muera!” Ike y Christopher habían tenido una amistad especial. Cuando Christopher venía a casa, el niño se trepaba a sus rodillas, tomaba presos sus dedos e intentaba romperlos con todas sus fuerzas mientras Christopher fingía gemir en agonía. “Los niños son diablillos malvados”, nos decía por encima de la cabeza del pequeño y soltaba más gritos simulando dolor.¹

En los años que han transcurrido desde la guerra, Okigbo se ha convertido en un ícono para escritores de todo el continente: venerado y envuelto en un mito; su muerte es un ejemplo estremecedor de esa gran tragedia. Achebe también estuvo cerca de morir. Antes de que comenzara la guerra, cuando la población igbo estaba bajo asedio en Lagos, los soldados allanaron su casa y estuvieron a punto de encontrarlo. Más tarde, su vivienda y su oficina fueron bombardeadas y, aun después de eso, la armada biafrana instaló un arsenal en su porche mientras él y su familia dormían; despertaron con el sonido de un estallido y supo que era momento de huir. Su historia es una de haber eludido pérdidas por poco, de profundas cicatrices que dejó lo que pudo haber sido. Después de un ataque aéreo en Enugu al comienzo

de la guerra, Achebe narra que contempló las ruinas de lo que habían sido las oficinas de Citadel Press, una empresa editorial que creó con Okigbo, y concluye: “Con demasiadas oficinas y casas bombardeadas, me retiré del sitio y de la edición para siempre”.

Achebe es el autor africano más leído en el mundo y ya era un escritor conocido y respetado en 1967, cuando se unió a los esfuerzos de la defensa biafrana. Fungió como embajador, viajó a distintos países con el fin de reunir apoyo para la atribulada nación y participó en diversos comités, uno de los cuales redactó la Declaración de Ahiara, un documento conmovedor, aunque idealista, que se convirtió en el nuevo fundamento intelectual de la nación. Achebe ha escrito poemas y cuentos sobre Biafra —*Girls at War* [Las jóvenes en la guerra] (1972) es una colección magnífica de historias que se sitúan ahí—. Sin embargo, muchos han esperado con ansias un libro de sus memorias, con su perspectiva personal sobre una historia controvertida. Y ahora, por fin, la escribió. Aunque lleva el subtítulo *A Personal History of Biafra* [Una historia personal de Biafra], el libro *There Was a Country* [Había un país] llama la atención porque no es muy subjetivo cuando relata los sucesos de la guerra. En cambio, es una lamentación nacionalista nigeriana por el fracaso del gigante que nunca fue; Achebe se conduce de los desaciertos de Nigeria, entre los cuales el de Biafra fue el más grande y devastador.

Éste es un libro para los admiradores de Achebe y para quienes no estén familiarizados con su trabajo. Hay partes que son similares a algunos pasajes

1 Los pasajes de Chinua Achebe citados por Chimamanda también son traducción de Marén García.

de ensayos anteriores y, entreverados en la narrativa, hay poemas que, si bien aparecen retocados, ya se habían publicado antes. A los seguidores entusiastas del autor les interesará el nuevo material sobre su vida en la primera sección; en la segunda, centrada en la guerra en sí, deja de lado la memoria personal. Al escribir acerca de los grandes eventos, Achebe tiende a relatar lo que le contaron, en lugar de lo que sintió, por lo que el lector se queda con una persistente insatisfacción, como si se estuvieran dejando cosas sin decir. Con todo, ofrece unos cuantos atisbos. En una visita que hizo a Canadá como embajador de Biafra, una de sus anfitrionas en el Consejo Canadiense de Iglesias hizo una broma y, en medio de las fuertes risas que le siguieron, Achebe pensó que Biafra se había vuelto distinto a otros lugares, donde aún era posible reír. Más tarde, al escuchar un avión que despegaba de Heathrow, instintivamente quiso agacharse para protegerse. Hay otros detalles pequeños, pero todos son de una brevedad insinuante, a veces oblicuos. Yo quería escuchar más sobre lo que él sintió durante esos meses de guerra —en otras palabras, anhelaba un enfoque más novelístico.

La primera sección del libro es mucho más satisfactoria en ese sentido: más involucrada y personal. Ahí están su infancia feliz, su familia con lazos estrechos, con retratos de su padre, un íntegro profesor misionero, y de su madre, sobre quien escribe: “Es su determinación pacífica por derribar las barreras de su mundo lo que definió un elemento muy importante en mi desarrollo —la voluntad de producir el cambio con gentileza—”. La primera sección también es una celebración de la riqueza de la filosofía, la cosmología y la cultura incluyente igbo. Cuando relata sus recuerdos de lo acogedora que fue su gente con los primeros misioneros blancos, escribe sobre “la sinceridad y apertura con que recibieron a extraños que venían de miles de kilómetros de distancia, con costum-

bres y creencias diferentes”. Aunque creció en un hogar cristiano, con lecturas habituales de la Biblia, también le atraía la religión igbo, que encontró mucho más “satisfactoria artísticamente”. Mucho de su trabajo se enraiza en esta tensión entre lo antiguo y lo nuevo, entre la religión cristiana de sus padres y la religión más antigua y en declive de sus ancestros.

Comenzó a escribir *Todo se desmorona* después de que un conferencista británico le dijera que un relato suyo escrito anteriormente carecía de “forma”, sin ser capaz de explicarle luego qué quería decir con ello. “La historia me tenía cautivo”, cuenta, “y escribía todo el tiempo, siempre que había la posibilidad. Se sentía como una condena, una prisión de la creatividad”. Él es, como es bien sabido, uno de los autores que le “respondió” a “Occidente”, que desafió, al narrar su propia historia, las imágenes dominantes y reduccionistas que tenía de su gente. En su ensayo “El novelista como maestro” escribió que estaría feliz si su trabajo no hiciera más que mostrarles a sus connacionales que la suya no había sido una vida de oscuridad antes del advenimiento de los europeos. “El escritor”, dice, “suele enfrentarse a dos opciones —dar la espalda a la intimidante complejidad de la realidad de la vida o conquistar su misterio luchando contra ella—. El escritor que elige la primera se queda sin energía muy pronto y produce una ficción elegantemente cansada”. No obstante, su trabajo nunca se hunde bajo el peso de esta responsabilidad.

Achebe describe la situación en el este de Nigeria durante los meses cercanos a la guerra. En la mitología urbana del país, ésta no habría ocurrido de no haber sido por la ambición personal del líder biafrano Ojukwu. Hoy se sabe que el alto comisionado británico, David Hunt, mandó un mensaje a Londres describiendo a Ojukwu como un hombre demasiado ambicioso que había ideado la secesión y manipulado a su gente para



Obiora Udechukwu, *Silence at the Crossroads*, 1967. © Del artista a través de la galería Kó, Lagos.

que lo apoyaran. Muchos otros han repetido esta versión de los hechos. Achebe, por su parte, la disputa vigorosamente: “Creo que luego de los pogromos —o, más bien, tras la limpieza étnica en el norte, durante los siguientes cuatro meses después de mayo de 1966, que se agravó con el involucramiento, incluso confabulación, del gobierno federal [...]— la secesión de Nigeria y la guerra que le siguió se volvieron inevitables”. Para él es evidente que un grupo étnico conoci-

do por su libertad de pensamiento no podía ser manipulado fácilmente para apoyar la guerra. Sobre las reacciones entre la población igbo después de las masacres del norte, escribe:

Encontrabas un espíritu nuevo entre la gente, que no sabías que existía —una determinación, de hecho—. Era el espíritu de un pueblo listo para poner lo mejor de sí y luchar por su libertad [...]. Pero la sensación más vital que los biafranos tenían en aquel momento era que por fin estaban en un lugar seguro... en casa. Esto fue lo primordial y lo más importante, y uno podía ver este sentimiento de regocijo en el esfuerzo que la gente estaba poniendo en la guerra. Las jóvenes, por ejemplo, habían asumido la labor de controlar el tráfico; lo estaban haciendo por su propia cuenta, nadie se los había pedido. Que este tipo de espíritu existiera nos hacía sentir una esperanza enorme.

Las memorias de Achebe dan la impresión de que es él mismo sin esfuerzo, que guardará silencio en lugar de decir lo que no cree. Es meticuloso y sincero en sus expresiones de elogio y gratitud —dirigidas a compañeros escritores y a personas que lo han ayudado a él o a Biafra—. Tiene sentido del humor, pero muy poco cinismo. Hoy, que se mitifica a muchos autores occidentales de cierta edad por sus malos modos —rudeza, egoísmo, etc.— como si el gran talento masculino debiera venir acompañado de tosquedad, es refrescante encontrarse con uno de cierta edad que no siente la necesidad de aparentar.

Achebe ha sido descrito en ocasiones como un escritor que carece de “estilo”, esa palabra que suelen emplear personas para quienes la prosa es digna de mención si es un ejercicio de creación con frases efectistas. Si eso es el es-



Gilberto Aceves Navarro, *Canto triste por Biafra*, 1969. Cortesía del Museo de Arte Moderno, INBAL/Secretaría de Cultura.

tilo, una forma de pirotecnia, entonces ésta es una descripción justa de su trabajo. Pero si el estilo es un modo distintivo de escribir prosa, sin importar cuál sea, entonces el estilo de Achebe es bastante evidente. Sus oraciones son seguras; escribe en un inglés nigeriano y, a veces, en uno marcadamente igbo; su escritura es discreta y, en este sentido, es similar a escritores como William Trevor y Okot p'Bitek: está libre de ansiedad literaria.

Mi tipo de narración tiene que sumar su voz a esta narrativa universal antes de que podamos decir: “Ya lo escuchamos todo”. Me preocupa cuando alguien de una tradición en particular se levanta y dice: “La novela está muerta, la historia está muerta”. Esto me parece injusto, por decirlo menos. Tú contaste tu propia historia y ahora estás anunciando que la novela está muerta. Bueno, pues yo aún no he dicho la mía.

Su prosa, que en su ficción a menudo tiene la cadencia del inglés nigeriano hablado, aquí, a veces, es simplemente conversacional. Me recordó a mi padre,

un contemporáneo de Achebe, cuando contaba historias de su pasado; en la tradición narrativa intrincada de los igbo, cada relato da vueltas en torno a sí mismo y se deleita con las coincidencias. Imagino que Achebe contaría las historias de este libro de una forma muy similar a como las escribe, con una vaguedad elegíaca y suave, sin preocuparse por adherirse al dato duro. Obtuvo el “primer o segundo” lugar en un examen; la esposa de su padre murió “a mediados de los ochenta”. Hay muchas repeticiones, los amigos de la escuela son presentados más de una vez, hay digresiones y emplea con naturalidad palabras anticuadas como “jovencito” y “sierpe”. Hay más de eso que los profesores de talleres de escritura llaman “decir” y menos de lo que denominan “mostrar”. A veces, sus historias son cercanas a la fábula, con la simplicidad —y las simplificaciones— de esa forma. Cuando Nigeria estaba bajo mandato colonial, él podía viajar de noche de Lagos al sureste sin preocuparse por los asaltantes armados. Esto, argumenta, se debe a que los británicos gestionaban bien sus colonias. Su simplificación tiene raíces en la decepción; él pertenece a la generación nigeriana de los desconcertados, la gente que



tuvo la fortuna de tener una educación, a la que se le enseñó a creer en Nigeria, y que observó, indefensa y confundida, cómo se desmoronaba el país. Fue un patriota biafrano, como lo fue la mayoría de sus colegas, porque ya no se sentía perteneciente a Nigeria. Él todavía parece sorprendido, casi incrédulo, ante las cosas terribles que pasaron, pero también ante la respuesta o la falta de una. “Cuando muchos de nosotros empacamos nuestras pertenencias para regresar al este, algunas de las personas con las que habíamos vivido durante años, incluso décadas, se burlaban [...]. Ese tipo de experiencia es muy poderosa. Es algo que me sería imposible olvidar”. Más adelante:

Fui uno de los últimos en huir de Lagos. Simplemente no lograba aceptar que ya no podía vivir en la capital de mi nación, aunque los hechos lo dijeran claramente. Mis sentimientos hacia Nigeria eran de decepción profunda. No sólo porque las turbas estaban persiguiendo y asesinando a civiles inocentes en muchas partes, sobre todo en el norte, sino porque el gobierno federal

se quedó sentado y dejó que sucediera.

Achebe se lamenta por Biafra, pero su enojo está dirigido a los fracasos de Nigeria. Su gran decepción se manifiesta en un raro momento de desafío hacia el final del libro:

Hay muchos observadores internacionales que creen que las acciones de Gowon posteriores a la guerra fueron magnánimas y loables. Hay una infinidad de tratados que hablan de cómo los igbo fueron integrados maravillosamente a Nigeria. Bueno, les tengo noticias: los igbo no fueron reintegrados a Nigeria y continuarán sin estarlo —a mi juicio, una de las principales causas del continuo rezago del país. ¶

Reseña de *There Was a Country: A Personal History of Biafra* de Chinua Achebe (Allen Lane, Londres, 2012), publicada en *London Review of Books* (vol. 34, núm. 19, 11 de octubre de 2012). © 2012 Chimamanda Ngozi Adichie, usada con permiso de The Wylie Agency (UK) Limited.